

cos de bronce ha corrompido en tal modo la tierra helena, que ha provocado la cólera de Júpiter. El diluvio se desata, como resultado necesario de semejante ira, en la tierra de los poetas, cual se desatara, como resultado de la ira de Jehovah, en la tierra de los patriarcas. Por consejo de aquel Prometeo que había robado al cielo su lumbré y sus secretos, Deucalión, el Noé griego, construye un cofre, que flota sobre las aguas. Él solamente, acompañado de una mujer que ya tiene nombre, Pirra, se salva. La cima del Parnaso los recoge y los mantiene. Bajados de allí, ofrecen á Júpiter un sacrificio en acción de gracias, y Júpiter les manda que tiren á lo alto huesos de la tierra. En efecto, los huesos de la tierra son las piedras. Y aquellas que tira Deucalión se truecan en hombres, y aquellas que Pirra en mujeres, levantándose así la nueva humanidad que debe purificar y engrandecer el planeta. No sólo en esta región del sol y del mar luminoso existen tales tradiciones; también se descubren allá en suelo envuelto por las tinieblas perdurables y por los vapores sombríos. El Edda escandinavo supone la tierra sumergida, no tanto en las aguas del diluvio, como en la sangre fluída de un gigante á quien sus contrarios hirieran mil veces. En Egipto la corrupción del mundo antidiluviano y el castigo aparejado por los dioses á tales

culpas, encuentra por doquier visibles rastros. ¿Qué decimos en Egipto? América está, lo mismo que Asia, completamente imbuída por sus diversas regiones en la tradición del diluvio. Cada tribu de Méjico lo altera según su mejor entender; pero todas lo guardan á una. Sus diferencias con la tradición bíblica están en particularidades de tan escasa monta, como si es la paloma ó el colibrí quien trae la oliva en su pico. Mas en el Orinoco se guarda la tradición misma que ya hemos visto en Grecia; es decir, existen una Pirra y un Deucalión americanos, mientras en las islas boreales del Asia rusa, que se tienden hacia el nuevo continente, descúbrese la tradición bíblica. ¿Qué más? En varias islas de la Polinesia el castigo viene como una consecuencia del pecado y el modo de castigar está en el diluvio universal.

¡Cuán disminuída la mujer de Noé siempre que lo enorme de la catástrofe y lo extendido de la tradición se contemplan por el historiador! Entre los pecados, que manchan la tierra, y el arrepentimiento de Dios por haberla producido, apenas aparece la pobre mujer del patriarca escapado á la universal pena. Sucede aquí, ya lo hemos dicho, todo lo contrario de cuanto sucede allá en el mito de nuestra primera madre. La protagonista en el poema paradisiaco es Eva, y el protagonista en la tragedia



diluvial es Noé. Pero ¡cuánto sufren estas mujeres prehistóricas en las catástrofes que caen sobre sus espaldas y las abruman terribles con su peso! La naturaleza de donde la vida mana se trueca para ellas en ponzoñoso manantial de dolor y de muerte. Imposible recordar lo que sería un mundo subvertido por tantas revoluciones materiales, sin recordar también lo que padecería en él un alma tan tierna y un corazón tan sensible como el alma y el corazón de las pobres mujeres, doloridas primero por todos los achaques naturales á su sexo, después por todos los horrores de un mundo embravecido y desgarrado en aquellas laceraciones que traen á la tierra lo que podríamos llamar sus terribles partos. Cuando evocamos el mundo primitivo, los sacudimientos que le atraviesan en todas direcciones, las bocas que se abren como bostezos de los abismos á las plantas del hombre, las tormentas que se arremolinan sobre su cabeza, los animales aullando en una carnicería sin fin, aun comprendemos la vida del varón, armado de todas armas, y en lucha, como requiere su naturaleza fortísima, con todos los elementos, animados é inanimados, que le persiguen y que le anonadan. Pero no podemos comprender á la mujer, tan tierna, entre aquellos horrores tan grandes. ¿Cómo se acomodaría su dulzura con tal acerbidad? ¿Qué vibración sus nervios sen-

tirían á los remolinos de la electricidad tonante por los espacios tormentosos? ¿Con qué dolor no había de ver el eterno combate y la perdurable guerra en torno suyo, la muerte á sus piés? Una sensibilidad tan exquisita, en presencia de aquella naturaleza tan implacable, no podría menos que resentirse con grande resentimiento y quebrarse al choque de los dolores intensísimos brotados del universo sumergido en todos los males. La compasión mayor nos asalta cuanto más eclipsadas y oscurecidas vemos estas figuras, cuyos senos han llevado en sí los humanos destinos.

Varias particularidades notamos en el matrimonio de Noé con su mujer que merecen especial atención. Primeramente, no hay rastro en él de aquella poligamia que mancha otros matrimonios patriarcales. El texto sacro está clarísimo, y no da margen alguno á dudas ó tergiversaciones. Noé tiene una sola mujer, y una sola mujer tiene cada cual de sus hijos. No sucede así con Lamec, el cual disfruta en su patriarcal harén del amor de varias mujeres; y no sucede así con el santo Abraham, quien tiene sus esclavas por concubinas, y en estas concubinas hijos destinados á fundar en el mundo familias infieles. Noé y sus tres hijos tienen cada cual su mujer propia y única, numeradas con toda claridad en los libros santos. Y como las indicaciones de todos



estos libros muestran una grande concisión y apenas mencionan los hechos y los personajes más dignos de mención, debemos apelar á inducciones en el retrato de personalidad tan oscurecida por todo cuanto la rodea cual esta mujer de Noé. Pero el patriarca debió la salvación á su virtud, y esta virtud, en verdad, la compartiría con aquella su mujer, que reunía las dos vidas en suma. Entre tanta impureza de costumbres resaltaba la pureza reconocida por todos á la familia del patriarca y señalada por Dios. Pues bien, tal pureza no podía provenir sino de que la virtud habitaba con él, con su mujer, con sus hijos, en la tienda nómada, bajo las palmeras resonantes y sobre aquellos desiertos primitivos. La sociedad estaba demasiado en sus comienzos para que hubiese allí, ó pudiese haber allí, virtudes cívicas. Habitaban solamente las virtudes privadas. Y estas virtudes privadas, principalmente se deben al influjo y soberanía de la mujer dentro de una casa y en una familia como las casas y las familias patriarcales. Por consecuencia, si Noé se vió preservado del diluvio por divina disposición, fundada en sus virtudes, no puede, no, dudarse de la parte grande que tuvo en estas virtudes su santa y cariñosa mujer, la cual debió mantenerlo en el temor de Dios y proporcionarle todos los medios necesarios para cumplir su

destino y hacerse acepto á los ojos del cielo, quien por ende le preservó del castigo universal.

Pero volvamos á la narración bíblica. Construída el arca, según los divinos planos, entró en ella Noé con todos los suyos y con aquellos animales destinados á perpetuar las especies. Cuarenta días con cuarenta noches llovió el cielo sobre la tierra. Y cuarenta días con cuarenta noches los Océanos salieron de sus abismos, los ríos de sus cauces. Todos los animales vivientes, fuera de aquellos que iban en el arca, se ahogaron, y todas las especies vegetales se perdieron. Los montes más altos se cubrieron, pues las aguas iban más de quince codos sobre sus cumbres y cimas. Imaginaos á la mujer de Adán fuera del Paraíso, y podréis comprender á la mujer de Noé dentro del arca. Por poco apego que á las cosas del mundo tengamos, siempre la vida se une á otras vidas, y el sér nuestro se enlaza con otros seres en este nuestro misérrimo planeta. ¡Cuánto no sufriría la pobre mujer de Noé viendo anegados los campos donde se criara, destruidos los árboles que le prestaran frutos y sombras, muertas las especies mismas que cooperan á la vida y auxilian al trabajo! Aquel barco flotante sobre las soledades inmensas de un océano recién compuesto por la tormenta universal, como llevaba en sí muchos seres, llevaba también muchos dolores.



No habían podido subir á tantas alturas, sobre las aguas más sublimadas, entre aquellas tablas heridas por tales tempestades, sino merced á muchos y muy terribles dolores, cuya intensidad apenas podemos comprender nosotros, hijos de una sociedad relativamente perfecta y en brazos de una grande y amorosa naturaleza completamente á nuestro dominio sometida. Muchas aguas vertió el diluvio bíblico sobre la tierra; pero muchas lágrimas debieron verter aquellas mujeres, aun redimidas y salvadas por expresas disposiciones del cielo y por ejercicio sublime de la divina misericordia.

Pero continuemos la narración. Indudablemente los dolores de la mujer debían superar en mucho á los dolores del hombre durante las terribles horas del diluvio. No puede verse, no, siquiera la justicia más justificable lo mande, aquella catástrofe gigantesca, que los animales y plantas se anegaban bajo el cruel castigo, sin moverse á grande compasión, y sin á una sentirse los que presencian el dolor con aquellos que lo padecen solidarios, confundidos ó identificados. El corazón de la mujer, mucho más que nuestro corazón, está formado para el amor; y la mujer de Noé, como sus nueras, por milagro salvadas, padecerían horriblemente, dejándose, allá en los abismos y bajo las aguas, tantas prendas queri-

das á sus respectivos afectos y consagradas en sus almas y en la memoria de sus almas. Por poco adscrita que nuestra existencia esté á la tierra, y poco ligadas las raíces de nuestro sér con los demás seres, no podemos discurrir en el mundo y gastar la vida sin llevarla por necesidad hasta de objetos inanimados, los cuales van con sus corrientes á desaguar en la eternidad, como los cantos y piedras rodadas que arrastra el río van al mar. Lo mismo la universal destrucción traída por el diluvio que la clausura en aquella especie de cabaña flotante sobre las aguas y nómada en la triste oscura inmensidad, habían de apenar á las pobres mujeres y darles días y noches tan tristes como los probados por Eva en las puertas del Paraíso al salir de su inocencia y tropezar con el mal. Pero tras cuarenta días y cuarenta noches de angustias, el Eterno se apiadó, allá en su interior, de sus criaturas. Merced á esta piedad, las aguas del diluvio cedieron y la tierra volvió de nuevo á su primitivo estado. Mas, como quiera que había fenecido la vida precedente y se necesitaba tender sobre la tierra desolada vida nueva, Noé, como Adán, puede llamarse padre de la humanidad, y como Eva, la mujer de Noé, madre. Ciento cincuenta días estuvieron estos nuevos generadores de la especie nuestra en su flotante nave, y al cabo de tales días, por haber pasado sobre la



faz del planeta humedecido un viento fortísimo y secante, pudieron descender con alguna firmeza y sobre alguna solidez, reanudando su antigua vida y restableciendo su comercio y trato con todos los seres criados. ¡Qué angustias nuevas en el intermedio entre los diluvios y los desembarques! ¡Cuánta zozobra en aquellas pobres mujeres que habían debido cuidar, con la solicitud natural á su tierno sexo, no solamente de su familia, de los animales varios á esa familia unidos por el divino mandato!

El sitio donde se detuvo el arca de Noé se halla consagrado por la tradición universal. Una leyenda lo ha ungido, leyenda cuyos destellos brillan de antiguo sin eclipse ninguno en los comienzos y albores de la humana historia. Instintivamente admira el género humano las montañas, esas columnas del cielo, esas peanas de Dios. Ubérrimos pezones dan el jugo nutritivo á los campos, como el materno pecho lo da también á los pequeñuelos. En sus urnas de cristal están petrificadas las nieves perpetuas que guardan los ríos, como en los ríos depositada aquella humedad que, llevando por doquier la frescura necesaria, esposa, digámoslo así, del sol, esparce y fecunda la universal vegetación. En una montaña, pues, debía descansar el arca donde iban los destinos preciosos de la futura humanidad. Y así como de la montaña descenden los ríos que

distribuyen la humedad por el suelo, de la montaña descenden las razas encargadas de distribuir el humano espíritu sobre nuestro planeta. Extraño y rarísimo caso: en el espacio que media entre nuestro monte Ararat y el monte indio conocido bajo el nombre de Himalaya, en esa meseta central del Asia, pusieron á una semitas, arios, iranienses, caldeos, la cuna del género humano, y tal creencia está completamente confirmada por la historia. El monte Merú, donde la nave del Noé indio se detuvo, no está lejos del monte Ararat, donde se detuvo el arca de nuestro Noé bíblico. Y entre ambos montes de antiguo se dilata el territorio tenido universalmente por vivero de las humanas familias. Así como el Sinaí, donde la ley de justicia se promulgó, no está lejos del Calvario, donde se promulgó la ley de gracia, el sitio consagrado por la tradición como edén primitivo no está lejos del sitio consagrado como punto de partida en la peregrinación de las primeras humanas razas á poblar los amplios continentes. ¡Ah! La humanidad empieza comprendiendo con su fantasía principios y hechos luego confirmados por la razón, y que la identidad fundamental de todas estas grandes tradiciones, ampliadas luego por la ciencia, muestra cómo somos unos con toda nuestra especie, y cómo ha estado contenido el espíritu nuestro con sus



gérmenes de futuras evoluciones en aquellos tiempos y en aquellos progenitores que parecen más apartados y más distantes de nosotros en el inmenso mar de la humana vida, cuyos senos, desde los abismos terrestres, retratan y reflejan todas las maravillas de lo infinito.

Llegados al Ararat, expidieron los navegantes varias aves desde las interioridades del arca, preguntándoles noticias, allegables sólo por estos alados mensajeros. La primera en salir fué un cuervo. ¡Qué festín para el ave de la muerte aquellos amontonamientos de cadáveres insepultos, que á una se pudrirían, corrompiendo los aires! ¡El mal, siempre nos hallamos á vueltas con el mal! Su presencia nos hace desconfiar de Dios y desconfiar de nosotros mismos. Sin embargo, ¡cómo el mal se nos aparece de relativo y contingente! Entre los animales más repugnantes á nuestros sentidos se halla el cuervo. Aquel traje negro nos le delata como un esbirro de la naturaleza. Los crueles ojos destellan de su mirar siniestro el odio y el horror hereditarios. Su pico se parece á un verdadero instrumento de asolación y exterminio. Su graznido nos hiela de trágico espanto. Sus piés llevan en sí el frío de la muerte. Al verlo, vemos todas las plagas compañeras del combate y de la guerra, todos los horrores del odio. Y, sin embargo, suprimidlos, y la tierra hubiera

resultado inhabitable después del diluvio. Dentro de sus vientres se levantó la carne podrida por las aguas á una metamorfosis. Su buche hizo vida y sangre, no sólo inocente, sino también provechosa de suyo al bien universal y común, la horrible corrupción. Su fuerza es una fuerza de verdadero exterminio, pero también de saludable transformación. Su rapidez tiene la rapidez del rayo, y da, como el rayo, la muerte. Pero creedlo, en cada uno de tales asesinos alados va una especie de fuego terrible con el cual se abrasan las cosas, pero también se purifican. Por consecuencia, Noé mostró el gran conocimiento que ya tenía de las especies y del ministerio por las especies desempeñado en la naturaleza, cuando expidió al cuervo para que le informase del estado á que había venido la tierra tras aquellas inundaciones y lluvias. El cuervo, en su voracidad, anduvo por todas partes alimentándose de los cadáveres insepultos, y sin traer ninguna otra noticia sino que la corrupción y la muerte reinaban todavía con su nefasto imperio sobre la tierra triste y desolada. El cuervo indica bien los primeros momentos que suceden á los horrores del diluvio.

¡Cuánto anhelo el de la pobre mujer en este instante! La madre convierte pronto en hijos suyos hasta los objetos inanimados que rodean á sus hi-



jos. De aquí el cuidado puesto por la mujer en el arreglo y disposición de todos los enseres domésticos. Entrad en hogar donde no haya un ama, y veréis cuán pronto á todo él trascienden el desorden y el descuido propios de los hombres en el interior de las casas. Por lo contrario, la mano de una mujer pule y abrillanta el hogar, como la uña ó el pico de un ave pulen y abrillantan los nidos. Cuál diferencia entre la motilla de lana, ó la hebra de heno en el campo, á la motilla de lana y á la hebra de heno en el nido. Allí, la tosquedad ó la rudeza, y aquí la blandura y el arte. Si la mujer cuida el hogar, naturalmente inspirada por su cariño con grande trabajo, imaginaos cómo cuidaría la mujer de Noé aquel hogar flotante donde iba tal número de pareados animales. Aunque la Biblia nos haya ocultado, por desgracia, el nombre de la mujer aquella, si nombre tenía, como para indicarnos cuán necesarios los domésticos cuidados aparecían en aquel momento, nos indica siempre cómo entrara Noé con su mujer, y con sus hijos, y con las mujeres de sus hijos en el arca salvadora. Tal insistencia del sagrado escritor sólo quiere decir que proveía con los cuidados femeniles al sustento y al bien de tantos seres como necesitaban á una en aquel crítico momento de todos estos cuidados. Si Eva no hubiese atendido á su prole antediluviana,

¡cómo llegaríamos al diluvio! Y si no hubiese atendido la mujer de Noé á los hombres postdiluvianos, ¡cómo llegaríamos hasta nuestro tiempo! La verdad es que aparecen las mujeres, desde las edades prehistóricas, realizando y cumpliendo aquel destino de paz y de armonía para cuyo cumplimiento fueron por el Creador puestas sobre la cima de su creación.

Si la mano de Noé debió expedir el cuervo, la mano de su mujer debió expedir la paloma. Inocente y hermoso este animal no puede apartarse de nuestro lado, y vive con el hombre, á quien ama y arrulla. Sus ojos, de una viveza penetrante, traducen todos los afectos contenidos en la dulzura de sus piadosos instintos. La seda lustrosísima de su plumaje brilla con suave resplandor en los aires y en los destellos del día. El rumor de sus alas, como el arrullo de su garganta, tienen algo de melódicos. Diríase que representan estos animalillos en las especies inferiores lo que representa la mujer en nuestra superior especie. Desde los tiempos más remotos la paloma simboliza en los bajos relieves y en los cuadros primitivos algo que baja del cielo en auxilio del hombre. Lo cierto es que la consideramos hoy nuestra mejor mensajera, y por mensajera suya túvola también Noé y su familia en aquellos primitivos tiempos. Y no pudo, no, equivocarse la



segunda madre, digámoslo así, del género humano, al expedirla, pues trajo ella lo que nunca hubiera traído el cuervo feroz, trajo la rama de olivo en su boca. Así como la paloma representa en las especies animadas el hogar tranquilo, al cual se asocia, representa el ramo de su pico la paz y armonía universal, porque su producto, ó sea el aceite, debía parecer á los primeros hombres como sangre del sol, puesto que les daba lo más necesario á su existencia, puesto que les daba el alma luz. Así, arca de salvamento, mujer de Noé, paloma del valle, ramo del olivo, significan y representan un comienzo de redención en el mundo.

A pesar de la fisonomía completamente prehistórica que tienen, así Noé como sus antecesores, todos los primeros patriarcas, han penetrado las artes en el dominio de sus vidas más ó menos inciertas ó de sus biografías más ó menos largas, y los han revestido con las formas propias de la idealidad consagrada en esos cielos brillantísimos donde resplandecen tantas y tan maravillosas creaciones. La mujer de Noé, sin denominación alguna en los libros sagrados, renace con su personalidad propia sobre la paleta cristiana como esas larvas dormidas largo tiempo que se truecan con tanta facilidad tras profundo sueño en alados insectos. El cementerio de Pisa es como el florecimiento de la pintura

en los siglos medios. Por sus góticas paredes ha pasado un soplo verdaderamente primaveral, que las ha hecho como avivarse y vestirse de matices indelebles, cual si la inspiración hubiera vencido á la muerte como el amor la vence. No puede formarse cabal idea de cómo los frescos dejados allí por los primeros pintores de los siglos décimocuarto y décimoquinto se asemejan á rayos de vida trascendiendo á las tumbas cual trascienden los resplandores diurnos á los suelos asombrados y oscurecidos por los espesos ramajes de las selvas. Nunca olvidaré la emoción que levantó en mi alma la presencia entre los cipreses fúnebres y las estatuas yacentes de aquellos frescos, trazados sobre las paredes hieráticas del pisano cementerio y henchidos todos ellos de verdadera vida. El resplandor de aquellos fondos, la frescura de aquellos pámpanos, el gozo de aquellas imágenes convidan á vivir antes que á reposar en el sueño eterno. Y allí está la mujer de Noé, joven, bella, vestida con el traje pintoresco de las labradoras toscanas, bajo las parras de donde los racimos ya maduros penden, junto á los cernachos y á los cubos henchidos de frutos y olientes á mosto. No hay modo, sino visitando aquellos parajes y absorbiéndose por completo en su contemplación, de formarse una idea del contraste originalísimo entre la muerte y la